



IN MEMORIAM



El P. Francisco García Calzada nos espera en el cielo

Hijo de José y Margarita y familiar del P. Celestino García, Francisco nació el 24 de abril de 1929 en Tola de Aliste, una localidad zamorana situada en el centro-oeste de la provincia, muy cerca de la nación portuguesa, distante 65 kilómetros de la capital. La escasa densidad poblacional quedó suplida siempre por la fuerte religiosidad cristiana, como lo demuestran sus muchas vocaciones, entre otras las de los agustinos Ceferino y Félix Aliste. Sus gentes han vivido siempre, más antes que ahora, de la agricultura y ganadería.

Con los primeros conocimientos adquiridos en la patria chica, al lado de su madre, que era maestra nacional, sintiendo fuerte la llamada de Dios a seguirle de cerca en la vida religiosa, junto con Antonio, su hermano mellizo, en septiembre de 1942 ingresa en el Monasterio de Santa María de La Vid (Burgos), donde se encontraba estudiando Lorenzo el hijo mayor. El padre había muerto durante la guerra civil, cuando Paco sólo contaba 7 años ¡Tiempos difíciles aquellos de la posguerra para ésta y tantas otras familias, con hambres, odios fraternos y el olor de la pólvora todavía en el ambiente! «El frío, la no excesiva alimentación y la dureza seminaria de aquellos tiempos - comenta Antonio - hacía que recordáramos continuamente el hogar paterno y que le pidiéramos al director, P. Florentino Díaz, nos permitiera volver a casa».

Curada la morriña y finalizados los cursos humanísticos, viste el hábito talar en el citado convento el 21 de septiembre de 1946, y 12 meses más tarde, tras vivir e interiorizar las normas y contenidos del noviciado, hace entrega de su vida a Dios con la profesión temporal (22-11-1947), depositándola en manos del prior de la casa, P. Desiderio García, quien, (¡tiene gracia la cosa!) había dado de baja del seminario a Antonio por ser bajo de estatura, cuando el «susodicho» reverendo no era mucho más alto. Sin perder comba inicia los estudios sacerdotales, que mezcla paulatina-

mente con la profesión solemne (22-11-1950), que le es aceptada por el nuevo superior, P. Ángel Villarroel, recibe el subdiaconado y diaconado, y concluye el currículum seminarístico con la ordenación sacerdotal conferida por Mons. Gerardo Herrero (04-04-1954).

Con estas bases religiosas, ministeriales y culturales, se lanza rápidamente a extender el Reino de Dios con el apostolado de la educación en los centros escolares que la Provincia Nueva regenta en España, siendo el primero el colegio «S. Agustín» de Ceuta (1954), donde volverá en 1969-77 y 1991-2002, desempeñando sucesivamente los cargos de ecónomo, (dos veces), director, secretario y rector de la iglesia de S. Francisco. En 1957 lo encontramos en el «Buen Consejo» de Madrid, (también aquí repetirá estancia: 1977-83), encargándose nuevamente de la faceta administrativa durante la segunda etapa, amén de adquirir en su universidad la licenciatura civil en Historia de América, en la primera.

Desde aquí pasa al vecino colegio «S. Agustín» (1983-87), responsabilizándose de nuevo de la economía y dejando como recuerdo de su paso por el centro los fuertes barrotes de hierro, tipo «Alcastraz», con que rodeó la entrada del edificio. En 1987 será el seminario menor de Palencia su siguiente destino. Y, ¡cómo no!, otra vez a vueltas con el vil metal. Durante su última estancia en la ciudad ceutí (1991-2002) su robusta naturaleza comienza a resentirse, y los superiores lo trasladan al barrio madrileño de «Moratalaz», con trabajo en la parroquia de «Santa Ana y la Esperanza», y para estar cerca de los médicos de la capital de España. Como la enfermedad seguía avanzando, cinco años más tarde fue necesario enviarle a la residencia de atención especial de Palencia (RAE), donde fallecerá, víctima de una dolencia pulmonar, el 24 de julio de 2007, con 60 años de vida religiosa y 78 de edad, que, curiosamente, el último lo cumplía en esa misma fecha.

El P. Francisco, Quico para los amigos, fue un hombre de estatura media, fuerte constitución, ligeramente grueso en su edad madura, de carácter abierto, alegre y fraterno, de conversación agradable... Eran muy



conocidas sus fuertes risotadas aplaudiendo gracias o chistes ajenos, más que de prodigarse con los suyos. Trabajador nato, tanto en las clases de Historia general o del Arte, que preparaba y exponía muy bien a los alumnos, de pie siempre, con el libro cerrado encima de la mesa, como en las labores domiciliarias, siendo un obrero más dentro de la cuadrilla de conservación. (Por algo fue cinco veces administrador).

De esta última faceta hay anécdotas agrídulces, como aquella en la que, ansioso de adelantar un trabajo de albañilería en el «Buen Consejo», derribó personalmente, con pico y pala, un tabique medianero, que luego hubo que volver a levantar o el deseo de regresar a Moratalaz desde la RAE para seguir trabajando en la parroquia, cuando ya no estaba para esos trotes. De esta laboriosidad uno fue testigo privilegiado en Palencia, donde coincidió con él varios años. En cuanto finalizaba las clases, ya estaba pintando la verja exterior, colocando tuberías de riego, cerrando la finca con una red metálica o echando una mano en la RAE, de la que fue el primer responsable. En sus etapas de administrador, el trato y las atenciones tenidas con los empleados fue siempre exquisito, tanto en el aspecto humano, como en el económico.

Y todo ello sin desdoro de la faceta religiosa. Por muy ocupado que estuviera, jamás dejaba de asistir a rezos, reuniones comunitarias o cualquier otro acto local. Paco fue siempre muy responsable de las tareas que se le encomendaban, tanto materiales, como pastorales, algo de lo que ya había dejado constancia en su época de estudiante, quizás en parte por ser el «antiguo» del curso. En relación con la faceta apostólica, durante muchos años estuvo colaborando los fines de semana en la parroquia madrileña de «Ntra. Sra. de las Delicias», ubicada en el Paseo del mismo nombre. Y porque no le iba la ociosidad, publicó el libro «Calendario del descubrimiento, conquista y colonización de América», que el P. Casiano García había dejado sin terminar y que Francisco arregló y mandó a la imprenta.

A pesar de haber fallecido en verano, los funerales, que fueron presididos por el P. Provincial, Domingo Amigo, estuvieron muy concurridos, destacando la presencia en el altar mayor de 48 concelebrantes, amén de otras muchas personas entre familiares, amigos y convecinos. Descanse en paz el hombre bueno, fraterno y servicial.

P. José Villegas Delgado, OSA